

# El espíritu descreído

Santiago Andrés Gómez Sánchez

Hay varios momentos de la obra y de la vida de Bergman en los que uno puede advertir que el guionista, de quien hay que decir que merecía el Nobel de Literatura, el famoso cineasta ateo, o simplemente el hombre de vida agitada, nos estaba compartiendo su creencia en ciertas variantes de lo absoluto presentadas en forma de sensaciones.

No me extenderé demasiado, ni quiero ni puedo hacerlo, tampoco hay mucho que agregar.

Poco después de haber hecho esa obra terrible, sin esperanza, que es *El séptimo sello* (*Det sjunde inseglet*, 1957), la llamada Trilogía de Dios [conformada por las películas *Como en un espejo* (*Sasom i en spegel*, 1961), *Luces de invierno* (o *Los comulgantes*) (*Nattvardgästerna*, 1963) y *El silencio* (*Tystnaden*, 1963)], ofrecía en su primera parte (*Como en un espejo*) un emocionado proemio. Al final de la película, el neurótico David (Gunnar Björnstrand) le dice a su hijo Minus (Erik Passgård), luego de un accidentado trance de soledades y desencuentros:

Quisiera darte una señal de mi propia esperanza: saber que el amor existe como algo verdadero en el mundo de los seres humanos. Todas las clases de amor, la más alta y la más baja, la más pobre y la más rica, la más ridícula y la más hermosa, la inspirada o la burda. De repente se convierte el vacío en riqueza y la desesperanza en vida. Es una gracia. La gracia antes de la pena de muerte. Mientras haya humanidad tiene que haber amor. Él es tan eterno como la vida y, por lo tanto, indestructible.

Tal vez cualquier comentario sobra, pero yo quisiera añadir que aquí el adjetivo *verdadero* puede

entenderse, en cierto sentido, pero muy claramente, como *absoluto*, y que a la vez este absoluto se presenta en una serie de manifestaciones, como sensación, como algo vital.

Muchos años después, en una de sus películas finales, y no lamento mucho no recordar bien ahora si es *Creadores de imágenes* (*Bidmakarna*, 2000) u otra, pues basta entender que se trata de un filme del periodo final de Bergman, un personaje le dice a otro que quizás haya que aceptar que de veras hay algo sagrado en esta vida. Bergman fue, no solo un reconocido ateo, sino casi un proselitista del ateísmo, y a eso volveremos en seguida, pero no solo al final de sus años hubo en él un incómodo creyente: siempre lo hubo. Aquí, la convicción del personaje que mal recuerdo, o que recuerdo menos que sus palabras, es que hay que creer, más que en Dios, en que cada quien alberga algo sagrado.

Lo sagrado es ahora lo que puede entenderse en ese parlamento como absoluto, pero de nuevo late en cada quien como un palpito de esperanza para el otro. Entender que en el otro hay algo sagrado es, desde luego, reconocerlo en nosotros.

Quizá pueda ser válido recordar cómo en la *Teoría de la religión*, de Georges Bataille, todo lugar donde permitimos que repose nuestra esencia, será sagrado, pero solo porque hay una traslación permanente de ello. Si lo ponemos adentro, termina arriba, pues en realidad no hay diferencia entre uno y lo demás. Tan pronto diferenciamos nuestra individualidad, perdemos lo sagrado, que queda muy adentro, pero solo lo buscamos afuera. Y tan pronto lo vemos arriba, vuelve abajo; tan pronto aquí, vuelve allá. Si lo vemos en todo, lo vemos en nada, si lo vemos en nada, lo vemos en todo.

# FANNY Y ALEXANDER

Un film de  
**INGMAR  
BERGMAN**

Pernilla Allwin • Bertil Guve  
Harriet Andersson • Gunnar Björnstrand  
Ewa Fröling • Jarl Kulle • Christina Schollin  
Director de Fotografía: Sven Nykvist

\*Premio de la Crítica  
Internacional  
(FIPRESCI, Venecia 1983)

\*Premio de la Asociación  
de Críticos Franceses

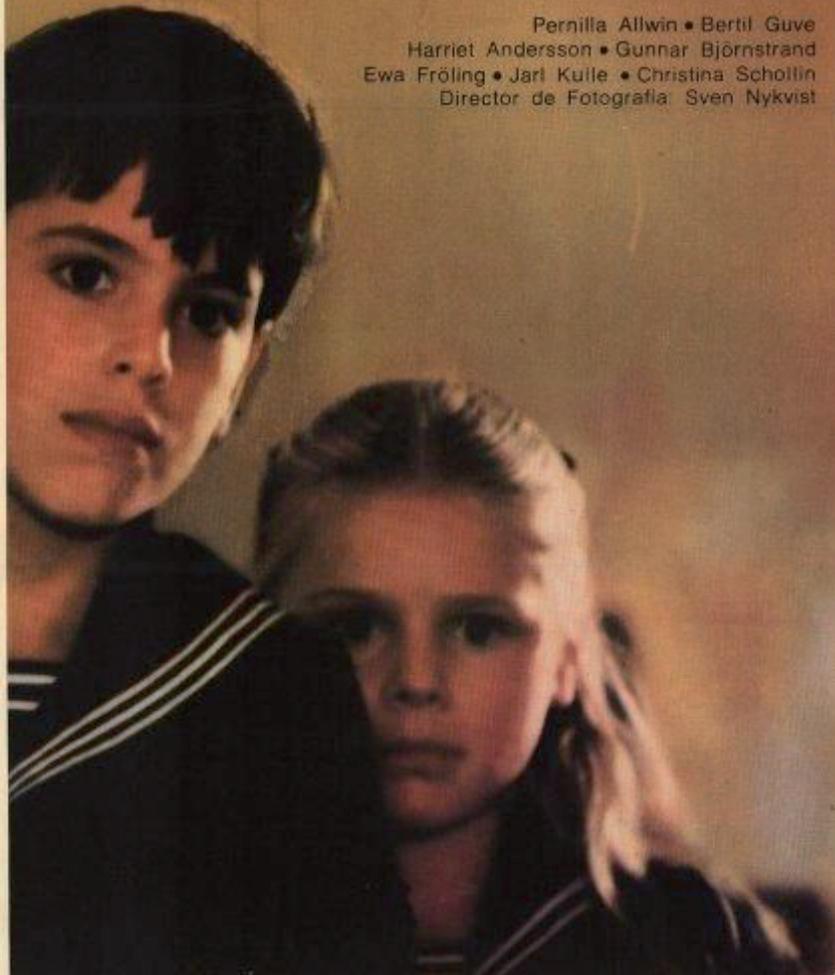
\*Premio de la Asociación  
de Críticos Ingleses  
(Londres 1983)

\*CESAR a la Mejor Película  
Extranjera (Francia)

\*Premio de la Crítica  
de Nueva York

\*GLOBO DE ORO de la  
Asociación de Prensa  
Extranjera de Hollywood

\*Nominada para  
**6 OSCAR**  
de la Academia  
de Hollywood



No deja de ser curioso ver dos cuerpos hablando de lo sagrado que hay en cada quien.

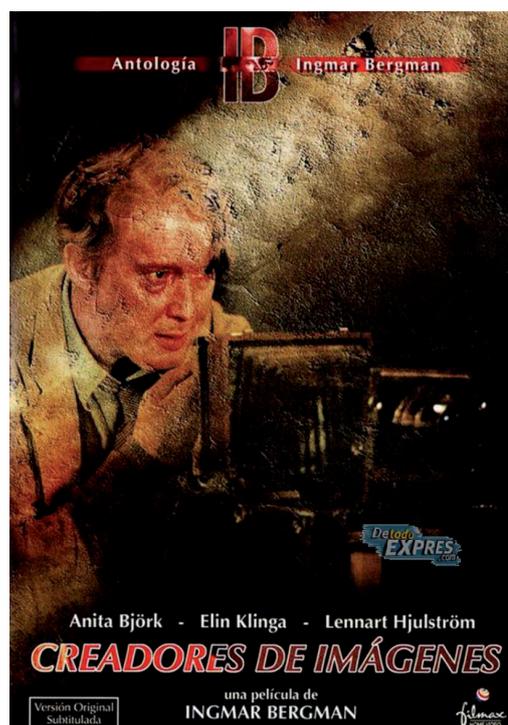
Pero Bergman no solo llegó a entender en un momento de su vida el absoluto como un amor verdadero en la vida de los hombres, o como un algo sagrado que hay (que palpita) en cada quien.

Para él sus argumentos sobre la existencia misma de Dios o sobre la vida eterna eran aportados por sus experiencias sensibles en la vida. En una entrevista que dio por los años en que terminó de hacer *Persona* (1965-66), el sueco contaba que una vez, cuando fue anestesiado para ser sometido a una operación, pudo advertir al despertar que había experimentado la nada, o mejor dicho: que descubrió “que no hay nada”.

Todo era un vacío, y a ese vacío correspondería la realidad de la vida. Es decir, todo es una ilusión, y lo único real sería la nada. Era un poco como haber vivido la muerte, pero en otro sentido podría interpretarse como haber accedido a la verdad, ciertamente que tan solo después del trance mismo de la muerte. En este ateísmo habría una enorme convicción, mucho más, quizás, que una creencia, la experiencia propia de la nada.

Y por eso es muy curioso que, en una de sus últimas entrevistas, Bergman contara que ahora, al final de su vida, pensaba todo lo contrario: que sí había un ser trascendente, que sí había vida después de la muerte, porque un día, siendo él ya un viudo, sintió la presencia de su esposa ida, sintió la presencia de su esposa ausente. Supo, en sus palabras, un día cualquiera, en la sala o la cocina, que ella estaba ahí. La sintió al lado, tal como si la hubiera podido tocar o ella le hubiera hablado. Pero no había nadie, solo su presencia.

Escribir esto de esta manera me hace estremecer un poco, como si sintiera la presencia de Bergman a mi lado cuando lo escribo. Pero de nuevo, la convicción de Bergman sobre ese absoluto en el cual creer, es de nuevo un convencimiento más bien surgido de la experiencia, o sea, enton-



Ingmar Bergman, *Creadores de imágenes*, 2000

ces, y por lógica, de la ilusión, de una virtualidad, de una sensación relativa: él sintió viva y a su lado a su difunta esposa, como si se hubieran tocado, y por lo tanto, tal como lo argumenta en esa entrevista, debía haber vida luego de la muerte, lo que resulta igual a decir que somos almas trascendentes.

No hay mucho más que decir, sino que Bergman es casi un espíritu positivista (un espíritu descreído): oxímoron fascinante, contradicción milagrosa, pues él, varias veces, al menos las veces que rememoro aquí, comprobó y expresó, comunicó lo real, lo palpable, del espíritu.

**Santiago Andrés Gómez** es crítico de cine y escritor. Ha publicado los libros de literatura: *Madera salvaje*, *Todas las huellas*, *El cuarto asesino* y *Los deberes*; y de cine: *El cine en busca de sentido* y *Certeza de lo imborrable*. Próximamente publicará *La Musa asesinada*. *Conversación en la Catedral*, de Vargas Llosa: novela marxista con la Editorial Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.